

# Las fábulas mentirosas y el entendimiento

Selección, presentación y notas de Ricardo Sumalavia

Universidad Católica  
Antología 1917 - 2000

Ampuero  
Beleván  
Calderón-Fajardo  
Cueto  
Castro  
Dughi  
Fernández  
Iwasaki

## Capítulo 7

Ortega  
Oviedo  
Pollarollo  
Prochazka  
Ribeyro  
Sala  
Sánchez Aizcorbe  
Silva-Santisteban  
Thays  
Tord  
Vidal

Primera edición: abril de 2002

*Las Fábulas Mentirosas y el Entendimiento*

Carátula: Juan Pablo Campana

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Plaza Francia 1164, Lima 1

Teléfonos: 330-7410, 330-7411

E-mail: [feditor@pucp.edu.pe](mailto:feditor@pucp.edu.pe)

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal: 1501052002-0972

ISBN: 9972-42-459-6

Derechos reservados

Impreso en el Perú – *Printed in Peru*

# SAHUMERIO

*«Tras un mundo en ruinas, columnas truncas y caídos  
bloques, bajo bombas y llanto, nieblas de cólera sobre  
los verdes prados»*

Jorge Eduardo Eielson

Aquel mes de octubre todo el mundo preguntaba, con la mirada pueril de la incertidumbre, ¿por dónde andará el Señor?, y, entonces, uno, elevando los ojos, daba señas, para llegar o no llegar, acordándose o calculando por donde estaba la pelotera de gente a pie o motorizada, y la nube de vendedores de butifarras, bebidas gaseosas, anticuchos, turrón de doña Pepa, picarones, detentes, hábitos y cordones benditos, indulgencias papales, tierrita de la Tierra Santa a diez libras bolsita, astillas de la cama de Santa Ana, frasquitos con agua del mismísimo río Jordán. Amuletos contra el mal de ojo, escobitas de San Martín de Porras, cachorros de pastor alemán y la bulla empecinada de los cláxons de esos infaltables jijunas que, no contentos con llenarnos de humo, sumaban a la leonera el fastidio de su malcriadez pip pip y no dejaban elevar el espíritu ni rezar pip pip ni mucho menos embromar, con todo lujo de detalles y el respeto debido pip a los mismísimos policías que ya no sabían por dónde pip y no alcanzaban a discernir hacia qué lugares dirigirse y dirigir el tránsito, todo porque ese año el encargado de proyectar los planos del recorrido de la procesión, aturdido tal vez por la inmensidad del asunto o borracho o fastidiado por alguna pelea con su mujer o quizá por la despreocupación del cargo ad honores o simplemente por joder, resolvió el berenjenal de rutas de los cientos de procesiones anteriores en un plano grandote, interminable, especie de potpourri o de long play. Que corregía diariamente con una terquedad que le cerraba los sentidos, hasta que, al fin, harto del asedio de la Comisión de Itinerario, entregó el trazado enorme plagado de infinitas sendas de colores y una maraña de flechitas indicadoras, y ahí lo teníamos al Cristo Morado, dándose de topetazos por las calles repletas de fieles, cada día más lejos de su sede de Las Nazarenas, en tanto que la gente de las

provincias cercanas y todos aquellos que pudieran pagarse el pasaje en avión o en automóvil expreso, avisados de la inusual duración de las fiestas, venían en oleadas a dejar diezmos y primicias a esa Lima que se hacía nudos por diferentes barrios, los populosos y populares, se entiende, mientras en las agencias de transportes, los empresarios, contando ganancias y haciendo proyecciones, pensando ya en aumentar unidades y alzar los pasajes, con la angustia de algún intempestivo final, hacían la única pregunta que todos nos hacíamos: ¿todavía sigue el Señor?, desesperando porque no se daban abasto, teniendo como tenían frente a sus puertas la trocatinta de las colas de pasajeros que, ya en Lima convertían las calles en un río interminable que hormigueaba sobre el asfalto buscando ubicación, alojamiento, comida, amistades, comprovincianos, conocidos o lo que fuere, porque no había quien se privara de echarse a las calles vistiendo el hábito morado de los hermanos del Señor, no cargara descalzo su propia cruz de madera, no cubriera su rostro con caperuza fajándose en penitencia cadenas o cilicios, desgranando oraciones en rosarios que tenían metros, o dejara de sacar a sus enfermos a orearse a la puerta, al balcón o a la azotea y, arrojando pétalos y preces al anda bendita, no esperase acabara al fin su salazón, porque, según el decir de un respetable misionero, en la ciudad capital el país entero parecía estar lavando sus culpas con aquella inacabable peregrinación que santificaba sus calles, donde, contrito, las manos en el pecho o, de purita casualidad, en alguna cadera, los ojos en el cielo o en algún escote generoso, cuando no bien pegadito a alguna hembra bien dispuesta, el que menos, buscando cómo iniciar conversación, caminando casi por inercia, apenas sí se percataba que el tiempo de los calendarios no coincidían con los tiempos de la fe, pues ya hacía una semana que el anda de oro y plata estaba en las calles y, perplejos, empezábamos a constatar que por donde pasa la imagen del crucificado era tan grande el gentío, multitudinaria la cantidad de fieles, curiosos, nosotros y de los otros que el calor de los cuerpos, la sudadera infernal, sumados a la típica humedad de Lima y al humito persistente de los cirios, ascendían y se condensaban en pequeñas nubes que, de improvisto, se rasgaban y rociaban calenturas con una garúa rarísima por el color y la consistencia que se dejaba sentir como milagro oh maravilla del Señor acompañando el anda que, con lento paso, dejaba tras de sí millares de objetos, cientos de niños, zapatos y señoras aliviando su cansancio en el canto de las aceras, con las faldas alzadas sobre los muslos y abriendo en horqueta los dedos de los pies, para que el viento refrescara sudores, llagas y ampolladuras, entre cerros de basura que lamía morosamente el agua percutida de la lluvia, material para los periodistas especializados, que no perdían oportunidad para criticar lo mal que andábamos de baja policía, incentivando, a su vez, la casi neurótica preocupación de los técnicos en conservación del medio ambiente, que

ponían en guardia a las autoridades sanitarias que, pensando ya de dónde obtener fondos para su campaña contra las ratas, rin rin, llamaban de inmediato la atención a los alcaldes que, rojos de ira, al borde del colapso y la no confirmación en el cargo, jalaban las orejas a los encargados, y estos a los obreros municipales porque, sí señor, era un asco la ciudad, para escándalo de las inacostumbradas narices de los cientos de turistas fof que empezaron a llegar en aquellos tours que se organizaron tan pronto se olió que la procesión no presentaba trazas de acabar y, claro, no era justo, no, no era posible ofender así a los curiosos galos, sajones, yanquis, bárbaros, escandinavos y nipones que, agarraditos de las manos, haciendo sogas para no perderse y sujetando el temor y sus bolsos repletos de souvenirs y de agua de colonia para el sofocamiento, clic, nos hacían imperecederos, en tanto, con el asombro puesto en las miradas, trataban de ubicar todo aquello que el altavoz del guía les iba indicando, mezclando con la descripción una disculpa, en estricto cumplimiento de las disposiciones del ministerio del ramo, ya que no era posible fof que si los alcaldes declaraban haber colocado comedidas brigadas de barredores tras de las cuarentiún cuadras de procesión, la ciudad siguiese oliendo como olía, como tampoco era justo que por intrincado que fuera el problema habitacional, y para escarnio de la cortesía limeña, los turistas, habrarse visto, tuvieran que hacer lo mismo que hacía la multitud llegada de provincia que dormía de pie, librada a los vaivenes de la corriente que los llevaba cumplidamente por calles y por plazas, días de días; por todo eso, era urgente, urgentísimo estudiar una solución, gritaba entre manotones el Premier, tratando de quitarse de encima a los periodistas extranjeros, al tiempo que recomendaba, casi ordenaba, a las agencias de turismo pasear a los visitantes única y exclusivamente en enormes y asépticos buses, cambio que, de seguro, ellos aceptarían, pues, aunque privados de las emociones que se anunciaban en los folletos de propaganda y a que daba derecho el tour, sonreían y nos señalaban con sus blancos deditos regordetes, preguntando qué ser eso, cuando a alguien se le cayó una sospechosa botella de gasolina justo en el momento en que el anda del Señor de los Milagros entre nubes de incienso y al son de trompeta, clarín y tambor, levantaba un rumor como de playa pedregosa o de colmena alborotada, en impredecible caminata por barrios que jamás se pensaría visitara, en un recorrido de nunca acabar y cuya traza infinita motivó que la Hermandad de Cargadores, muy a su pesar y muy a pesar del Secretario de la Cooperativa y de la Sociedad de Auxilios Mutuos, que puso un muro de reparos, a los diez días exactos decretara la formación de cuatro nuevas cuadrillas para hacer frente a la situación de emergencia, que ya excedía lo humanamente aguantable y rebasaba con holgura los turnos triples de carguío, implantados en la creencia de las bondades inmediatas del millonario donativo de vitaminas y reconstituyentes que

habían hecho público, con bombos y platillos, televisión y cuanta macana hay, los laboratorios Erba, Sanitas y Magma, porque la fuerza no alcanzaba y los hombres estaban rendidos, no obstante de destinarse una partida especial para linimento y alimentos debidamente balanceados, y que los Concejos Distritales, para estimular diesen tumultuosos agasajos, aunque, a decir verdad, allí, entre mares de licor y el exceso de las mesas y de las musas generosas, muchas cuadrillas fueron virtualmente diezgadas, pues la competencia que se entabló entre autoridades municipales confundía las proporciones, como que no era a beneficio de la fe, sino para agarrarse a sus cargos con uñas y méritos ante la inminencia de evaluación y confirmación, y eso explicaba por qué en El Rímac, por ejemplo, se comprometiese a la Cervecería Cristal a fabricar unas botellitas que apenas contenían un miserable vaso para regalar la sed de los fieles, que se peleaban por el regalito, regalito al fin, y amagaban desbandarse, obligando al Cardenal a levantar la voz y amenazar a los díscolos con una excomunión más mortífera que la viruela negra; o también explicará por qué en El Agustino, por poner otro caso, en ofrenda al Señor inauguraban un servicio de agua potable que ascendía hasta la última casita del cerro pero que desde esa fecha hasta hoy solamente sirve de conductor de arañas y de voraces hormigas rojas; y por qué, por último, en Pueblo Libre, al paso del anda, se construyera un castillo gigantesco, portento pirotécnico que después de arder ocho entretenidas horas, dejó libre una vaca loca que, claramente, dijo amén, como fin de fiesta y fin del alcalde que se gestó medio presupuesto anual en aquellos fuegos japoneses; sin embargo, la gente todavía pasaba por alto estas cosillas, porque doquiera le decían que todo se trastocaba, como si la lógica de los sucesos fuese arena mojada puesta al sol, porque vivíamos un milagro que, como tal, era una violación de lo predecible, según difundían los periódicos y las emisoras de radio y de televisión y sentenciaba nuestro sabio Cardenal y Arzobispo de Lima, mirando con piadosos ojos miopes, oh santo varón en helicóptero, el anda y sus casi cincuenta calles repletas de fieles, ya bastante cerca del proscenio de homenaje que se alzaba desde hacía muchos días en la Plaza de Armas, frente a Palacio de Gobierno, y asentíamos, ya que nadie podía negar que Lima vivía una estación especial, como que tras el delirio empezaron a resurgir algunas realidades a las que no pudo negarse el Presidente de la República ni sobreimponerse la prédica religiosa, advirtiendo contra las exageraciones malintencionadas de los disociadores y aprovechados, que el diablo freiría en aceite y la policía molería a palos, cuando los fabricante de velas, de fideos, de fósforos, de tela morada y de galletas elevaron un memorial solicitando, por esta única vez, autorizar la importación de materia prima para cubrir la especial y prioritaria demanda nacional, por este año, nomás, explicaban, que ya ellos tratarían de tomar sus providencias

para el año venidero, claro que sin prometer nada puesto que, sonreíamos, cálculos no se podían hacer, ya que acogiéndonos a lo dicho por el santo Cardenal, estábamos en el reino de lo imprevisible y, no importando que los precios subiesen, había que sosegar, acumular templanza, tratar de entender los altos designios y agradecer que hubiera, con lo que empezaron a correr bromas a diestra y siniestra sobre los problemas de la fábrica de hostias del bondadoso Primado, pero, los chistosos ya no sonrieron cuando escasearon la carne, las papas, la verdura, el azúcar, el arroz, la sal, en una cadena de rápidamente resucitó los viejos estanquillos donde había que rogar más que en la iglesia para que le vendieran siquiera un kilito de cualquier cosa y sudar la gota gorda en colas que crecían, como crecían los rumores que nos hacían ir de un lado a otro de la ciudad en busca de algún producto, como confundían los comunicados del Gobierno diciendo que la escasez era artificial mientras autorizaban elevar precios para incentivar a los vendedores minoristas, haciendo que se desorientaran los que creían todavía que la santificación de Lima, traía consigo la limpieza del régimen y la bondad de los capitalistas, obligándolos a levantar la mirada y preguntar *¿dónde estará la procesión?*, como preguntaban todos rogando que estuviera por entrar en Las Nazarenas, como inquirían entre escupitajos y maldiciones los errabundos choferes obligados a cambiar sus rutas y su rutina por una paciencia que tenía sabor a desconcierto, porque la gente andaba como sin brújula, y El Comercio publicaba diariamente un boletín, a modo de guía, que era más bien un pronóstico que, en las postrimerías, en vista de que faltaban muy pocas calles por recorrer, se fue haciendo más certero, ganando la confianza de la gente que buscaba movilizarse, por supuesto que estirando el dinero hasta no más para hacer multitud de conexiones y curándose el hígado en salud, porque los ómnibus debían hacer recorridos inesperados y los taxis se negaban a ir por tal o cual lugar y si usted insistía, la triplicaban las tarifas, lo que significaba en contante y sonante casi tanto como un viaje a Europa, pero, contra viento y marea, allá íbamos los ciudadanos, llevando en repletas portaviandas la comida calientita para alimentarnos y alimentar a los parientes que se negaban a abandonar penitencia y procesión, claro que siempre y cuando se les localizase, asunto en verdad peliagudo, y entonces, ante la inminencia de que la comida se malograra en esa búsqueda de nunca acabar, se le daba de comer al primero que cayese en simpatía, con la esperanza de que alguien hiciera lo mismo con los familiares de uno, con un espíritu de desprendimiento realmente inusual en Lima, y que contrastaba con la actitud de algunos sacrílegos que, en sus oficinas, seguramente a falta de algo mejor qué hacer, apostaban fuertes sumas de dinero a cuándo y por dónde pasaría la procesión y qué día llegaría el Cristo a su sede en Las Nazarenas, juego malévolos que trascendió tanto que la autoridad del

ramo, con la inteligencia y previsión que la caracteriza, creyó pertinente declarar feriado el día en que la procesión pasase por tal o cual zona de la ciudad, pensando que cerradas las oficinas... pero con tal mala suerte que lejos de aminorar las apuestas, el decreto dio origen a una especie de timba institucionalizada, con personería legal y todo, y que desde el saque empezó a rendir buenos dividendos, porque el juego se expandió a lo largo del país, generando un interés que congestionó oficinas, teléfonos y redes telegráficas, acrecentó la cantidad de viajeros a Lima y agravó la escases y la falta de alojamiento y ausentismo en los centros de trabajo provinciales y, demás la necesidad de la gente por crearse cualquier ocupación con qué sobrevivir: carretilleros que se encargaban de conducir a los ancianitos en plena procesión, zapateros remendones que en un santiamén le ponían mediazuela, taco y si lo deseaba le cambiaban el color a sus zapatos, zurcadoras de medias nylon, fabricantes de periscopios, hombres fuertes que a pulso hacían un circulito para que usted rezara con toda unción y sin preocuparse de ladrones, sanitarios que le ofrecían la ansiada posibilidad de dar tránsito a sus necesidades más íntimas en pequeñas casetas portátiles, con taza, espejo y hasta cañito para lavarse las manos, mensajeros que por un módico precio informaban a la familia acerca del lugar donde uno se hallaba y, por un pago extra, permitían su localización mediante el alquiler de chalequitos fosforescentes, también había reemplazantes en el trabajo, cargadores de niños, vendedores-lavadores-secadores de pañales, prendedores de velas a los que misteriosamente ayudaban los vientos de San Andrés, atareadísimos pedicuros, proveedores de agua con palangana y toalla para que usted se lavara la cara en plena procesión o que le alcanzaran solícitamente un lavatorio con agua salada para que ahí mismito usted desinflamara sus pies; además, guarderías infantiles y botiquines ambulantes, hombrecitos con hilo y aguja en mano que le remediaban cualquier deterioro de la ropa o le ofrecían su canje por multicolores camisas, pantalones de toda moda o chaquetas desechables made in Taiwan; igualmente encontraba improvisados enfermeros que la práctica iba trocando especialistas en respiración artificial boca a boca, piadosas señoras que, no se sabe cómo, por una buena propina, atravesaban la marejada de cuerpos, de gritos, la apretujadera infernal y canjeaban el ramito de flores frescas que usted les entregara por uno marchito pero con incomparable privilegio de provenir del anda del Señor; había también calígrafos que haciendo gala de un equilibrio increíble, escribían con la letra más hermosa que jamás haya visto, la carta que a usted se le diera la gana dictarles, sin detenerse ni detenerlo, y ellos mismos, con absoluta garantía, señor, la depositaban en la oficina de correos; en suma, todo un mercadillo constituido por una larga caravana de más de quinientas carretillas, con un sinfín de cosas y servicios, además de frutas y verduras y comida que siempre se anunciaba fresca,



abundante, barata y que parecía un espejismo en la escasez, como este río travieso que en un ir y venir constante circulaba sin rumbo preciso a lo largo y ancho de la nebulosa de casi setenta cuadras que era ya la procesión; todo un mundo que rodaba por la ciudad y que, durante dos afortunados días pudo ser localizado gracias al globo aerostático que a un curioso inventor se le ocurrió lanzar y que era visible a más de cinco kilómetros a la redonda, pero que debió ser destruido porque, además de no contar con la autorización de ley para portar el decálogo de la Comisión Internacional de Derechos Humanos, atrajo a una parvada de gallinazos cuyas cagarrutas estuvieron a punto de echar a perder el éxtasis y la actividad de beatos y manoseadores y propiciar un desbande que, a decir verdad, ahora sí, nadie quería; el asunto era que Lima se llenaba de gente que venía del interior o del extranjero, que llegaba por millares para adorar al Cristo de Pachacamilla y encandilaba también por el rumor cada vez más creciente, casi certeza, de la venida del Papa, atraído a su vez por este fenómeno inusual de fe, credulidad susurrante que, según los ingenuos, tenía asidero en todo el rol de actividades que debía cumplir el Santo Padre y el protocolo de recepción que, afirmaban, se había ya establecido, como rezaba el fólter respectivo, que algunos aseguraban haber visto pese al membrete de confidencial que, para mayores señas decían haber pasado por alto, versión que casi nos mata de risa a quienes sabíamos que el rumor provenía del Ministerio del Interior, pero por más que los afirmáramos con pruebas en la mano y los más variados recursos, pocos nos creían, porque todo el mundo juraba que su Santidad estaba ya en Lima para canonizar a Sarita Colonia, beatificar de cuerpo presente a doña Anita Fernandini de Naranjo, contentar a pobres y ricos y ver y bendecir a toda esta multitud que seguía llegando a la capital y que era una prueba viviente de estoicismo, faquirismo le llamábamos nosotros porque, en aras de la tradición, con un gesto que decía lo contrario de sus palabras de agrado veíamos a los fieles probar el tan mentado turrón de doña Pepa, cuyas confitura y miel estaban siendo reemplazadas por miga dura con anilina, vulgar mazamorra de cochino y hasta yeso dulce, asunto que los analistas del gobierno explicaron como un subproducto más de la escasez provocada por esas fuerzas disociadoras que todo buen peruano debía rechazar y denunciar, porque la situación se agravaba, más que nada por que esos mismos interesados en crear el caos habían convencido a la gente de provincias que se vinieran a la capital, con las consiguientes molestias para los habitantes natos y el turismo productivo, empujando a esas humildes familias a la orfandad y la miseria, porque si ya había en la ciudad más gente de la que podía soportarse, mire usted, qué casualidad que todos quieran venir a Lima, y, oh inconsciencia, hagan todo lo posible para lograrlo, y no era para menos, alegábamos, aquí venían todos porque, a nadie que tenga tres dedos de

frente se le escaparía que Lima era el único lugar donde se podía trabajar o, por lo menos, intentar hacerlo, y nos contestaban agitadores, y nosotros replicábamos fascistas, totalitarios, y la gente nos prestaba atención y en el pleito sordo, días iban, días venían, en tanto la onda migratoria en movimiento permanente desequilibraba las armonías que la procesión doraba: mediando la segunda semana, la Corporación de Comerciantes entró en conflicto con la Hermandad, so pretexto de las molestias que causaba lo imprevisible del recorrido de la procesión y las pérdidas que ello ocasionaba; por cierto que la respuesta de la Hermandad fue violenta, con lo cual surgió un pleito que amenazaba prolongarse todo el tiempo que durase la caminata del Cristo, si no fuera porque un periodista ligado a la cofradía divulgó que el asunto ocultaba el despecho ante la piadosa y cristiana protección que la Hermandad otorgaba al mercadillo ambulante que, a su vez, aunque esto ni meneallo, muy buenos cupos que pagaba; el asunto, que ya pasaba de castaño a oscuro, estaba a punto de ir a los tribunales, pero, una muy bien llevada campaña publicitaria, financiada por la Hermandad con las propinas de los millones de fieles, y la inminencia de boicot, algo así como una huelga de compradores, hizo que los comerciantes retirasen la querrela y, más aún, cubrieran las calles por donde pasaba la procesión con hermosas y fragantes alfombras de flores que tejían, con una velocidad tan asombrosa como lo efímero de su gloria, artesanos traídos exprofesamente de Tarma; sin embargo, lo más importante empezó a gestarse desde el momento mismo de la mayor confluencia de gente en la ciudad capital: ochenta cuadras de apretujados fieles, apiñados de tal modo que apenas si se podía caminar, y que al compás de sus necesidades y urgencias iban dividiéndose en grupos que, si en un primer momento, hay que reconocerlo, surgieron espontáneamente, debido a la edad o en obediencia a meras simpatías y principalmente con el objetivo de proteger a las mujeres de los aprovechadores y de la plaga de desmayos que provocaron ratas y rateros, a ritmo de los hechos, paulatinamente, fueron respondiendo a diferencias tajantes como las de clase de origen o de aspiración y a regionalismos verdaderamente furibundos, dando a notar grupos claramente demarcados que tan pronto fueron cohesionándose provocaron reyertas, discusiones, polémicas, inicialmente por la forma como se asumía el culto y, posteriormente, ya con nosotros encaminando, esclareciendo y esclareciéndonos, ascendió a conflicto social, no obstante los esfuerzos de la Asociación de Damas, que buscaba puntos de contacto, posibles acuerdos, desquiciadas conciliaciones, con una vehemencia y una aplicación que se hicieron nada después de una investigación que practicamos y publicamos en un volante en el que de pasadita le decíamos la vela verde a su presidenta, sacándole en cara las nada cristianas segregaciones de la tal agrupación, con lo cual se armó un tole tole en su seno, pues dividida en dos

facciones su actividad se convirtió en lucha intestina, como decía alguien, por toda la porquería que se empezó a ventilar; felizmente, la prédica de la Asociación solamente caló en quienes auspiciaban el libre albedrío, el tránsito sin trabas por todo lugar y todo grupo, la libertad irrestricta de enyuntarse con cualquier oveja del redil, como hicieron los maricas que, al principio, iban solos o en parejitas, pero, después, ante las agresiones que les llovían de todas partes y los insultos de los moralistas y de los curas y monjas que, incluso, hijos de Sodoma, esperma del diablo, llevaron a la pancarta su protesta, fueron, paulatinamente, signos del apocalipsis, viento infernal, integrando una comunidad multicolor hasta que, de repente, todos a una, aparecieron un buen día vistiendo hábito modificado, una especie de túnica hasta los tobillos y, líbranos Señor mío y Salvador nuestro, con una abertura por atrás, para facilitar sus actividades, de tal modo bullangueras y desenfadadas que las apacibles monjas, armadas de santa cólera y de garrotes, prometieron limpiar el suelo de Lima con la sangre de los fulanos si es que la Hermandad seguía condescendiendo y no los arrojaba de la procesión y, más, si no les prohibía usar el sacrosanto color morado; así, la alegre cofradía, la mar de guiños y de gestos, después de discutirlo con una comisión ad-hoc cambié el hábito por una túnica color naranja y convino desplazarse a la cola de las noventa y tantas cuabras de procesión, y ahí los teníamos a los ñaños, rezando, cantando, sonriendo, los ojos en blanco, dando grititos, convirtiendo sus pasos en una graciosa marcha de coquetos equinos, trotando sobre sus zuecos, morados para no quedarse con el gusto, labrando sonidos que buscaban lugar en el aire pesado de la ciudad, como salieron a buscarlo, hasta hallarlo, todas las putas de Lima que, después de haberse retirado a sus casas a esperar, respetuosamente, que pasaran los usuales dos días en que la ciudad se santificaba, calientes al fin porque esto no tenía cuándo acabar y había que ganarse la vida, abrieron los burdeles, los sahumaron con ruda de la buena suerte, dispusieron flores afrodisíacas como por descuido en los corredores, mandaron oficiar una misa a San Hilarión, hicieron correr la voz de que los quinientos primeros clientes tenían pase libre y esperaron, esperaron cuatro días, cinco, una semana, dos, hasta que dándose cuenta de que nadie pensaba pagar por lo que era una maravillosa posibilidad en las apretujaderas de la procesión, poniendo en juego sus encantos, su ingenio y hasta una bolsa de dinero para enfrentar a la policía que hacía sogas para que no entre más gente, se echaron a las calles a ejercer su derecho al trabajo, y ahí sí que se armó la de San Quintín, porque ni la Hermandad, ni la Iglesia, ni las beatas, ni la honorable asociación de las cristianas y, mucho menos, los recalcitrantes aguantaron semejante escarnio, y, entonces, para que el escándalo no malograra lo que nadie hubiera querido dañar, amén de las influencias y los intereses que se movilaron, se acordó que estas

damas se fueran con los maricas a la cola de la galaxia, adonde cualquierita obtenía un magnífico servicio que, según categorías, incluía un aperitivo de enervante pisquito, un anís del mono para la digestión, algún licor añejo, su chichita de jora o si usted era abstemio un té, chocolate, toronjil o boldo, por los precios más módicos y con los mejores modales que demandaba la situación, claro que si usted prefería irse por bulerías y alejarse por un rato o para siempre de los conflictos que ya eran una papa caliente dentro de la galaxia, podía pegarse una buena bomba en los barcitos ambulantes de aquella zona y, si no iba en patota, correrse el riesgo de amanecer sin un cobre, calato y tirado sobre un colchón de basura; a este universo debió pertenecer la viejita empequeñecida por los achaques, las arrugas y los años, que hallé berreando su soledad y que un primo llevó a casa, con la alegría de quien encuentra de improviso la abuela que le faltaba a su vida; sin embargo, las mayorías andaban en pos de solucionar otros problemas existenciales: la gente llegaba y de inmediato buscaba algo qué hacer, porque en la ciudad capital no todo era rosarios y novenas pues había tal cantidad de personas a la caza de vacantes que los empresarios especulaban, sustentaban la competencia, pugnaban por la desaparición de los sindicatos haciendo firmar compromisos de abstinencia a los incautos y a los desesperados, jugaban al toma y daca con los sueldos aumentándolos o disminuyéndolos con malicia, dividiendo, sembrando discordia, confundiendo, sorprendiendo para luego cosechar a manos llenas, poniendo a los trabajadores entre la espada y la pared: o la aceptación o el despido, no faltaba más, total, si había miles peleándose los pocos puestos, porque ni siquiera había que consultar los diarios ya que a simple vista uno podía constatar que eran más, siempre más, lo que estaban en las calles, ejerciendo los oficios más inusitados, que los que desesperaban en los paraderos peleándose los omnibuses para ir a trabajar, situación que hizo que los grupos que luchábamos contra este estado de cosas, nos organizáramos de tal manera, que no solo brindábamos ayuda y orientación a los recién llegados, entre otras razones, para evitar que en la desesperación del hambre o del desconcierto fueran persuadidos de sus bondades por los empresarios o por las decenas de rateros y asaltantes que hacían de las suyas en el laberinto de la ciudad, y les decíamos que se quedaran y que trajeran más gente, porque teníamos que ser más, y argumentábamos y se convencían, logrando que la migración a la ciudad capital, que ya era enorme adquiriera tales proporciones que el Gobierno, después de fracasar en la intentona de aminorarla, cobrando impuestos por la cantidad de maletas o de bultos, el número de hijos y allegados, el tiempo de permanencia proyectada, el cálculo de merma de la producción en el lugar de origen, presumiblemente ocasionada por el migrante, y en fin, invocando los pretextos más disparatados, llegase a la valentonada de dispersar con la caballe-

ría una marcha organizada en protesta por el cerco que se había puesto a la ciudad, destino que mereció la condena de la Organización Internacional de los Derechos Humanos, por lo que Inteligencia recurrió a la estrategia de intermitentes y sorpresivos cortes de agua, que convirtieron a Lima en un loquerío de baldes hurgando la ironía de un río que, como el Rímac, tiene más piedras que corriente, piedras que se sumaron a la ira, a la impotencia, a la dignidad mellada y colmaron baldes y puños, para después estrellarse contra los duros caparazones de los policías; de nada valieron las bombas lacrimógenas y los palos porque el empuje de las señoras y sus certeros proyectiles de cacana y cascajo los hicieron correr ligerito, porque hasta sin caballos se quedaron cojos como estaban por los clavos que sembramos en las calles y en las laderas del río, situación que llevó al gobierno a determinar que la guardia civil fuera apoyada por el ejército en el patrullaje de las calles, lo que detuvo en algo el ímpetu de la gente, pues metían preso, cuando no un balazo, a todo el que mostrase disposición de líder o de agitador; felizmente, nos repusimos del golpe y andábamos mejor organizados, cuando, datos más o menos alarmantes que llegaban de las zonas de frontera, abonaron en nuestro favor, ya que teniendo en cuenta el gravísimo despoblamiento se optó por desplazar al ejército a los cuatro puntos cardinales, por si acaso algún país vecino tuviese la peregrina idea de invadirnos y, además, aunque esto no se decía, porque hasta las fronteras habían ido las grandes familias y sus dineros y su iniciativa empresarial, buscando aire propicio y puertas de salida, espantadas por los cambios de la ciudad capital, aunque en sus conversaciones invocaban el desorden, la suciedad, el peligro cierto de la epidemia de tifoidea, cuyos avances les llevaba el télex desde Lima, donde la procesión amagaba Palacio de Gobierno, por lo que mediante altavoces, estaciones de radio y de televisión, editoriales de los diarios, se decía que era imperioso mostrar buenos modales, respeto a la autoridad, amor al prójimo, orden y, sobre todo, fe, ahora más que nunca porque el Papa, al parecer, se hallaba en la ciudad, y para mayores detalles, alojado en el Palacio Arzobispal, y que solamente guardando disciplinada obediencia tendríamos la excepcional fortuna de escucharle en una misa cantada, a la que estaban invitados varios reyes europeos, el Presidente vitalicio de Haití, altos dignatarios de países amigos y estrellas de cine y cantantes de moda y reinas de belleza, que confraternizarían con el pueblo y firmarían autógrafos, y claro, cantarían también en la misa junto al Papa y al casi beato Obispo de Nepal que traía un yeti auténtico, al que se bautizaría y colocaría el hábito morado durante la ceremonia, y todos se confundirían con nuestros bravos muchachos de la selección nacional de fútbol que regresaban invictos y ahítos de gloria de una gira por países centroamericanos y que luego jugarían, ahí mismo, un partido de exhibición, para dar sano esparcimiento a tanto sacri-

ficado, refrescando saludablemente el largo cansancio y los nervios de la gente que, según los boletines del gobierno, caminaba como alucinada, levantando un rumor que semejaba el repliegue de playa pedregosa o de colmena alborotada, imagen que al parecer era certera y muy del gusto de Informaciones, porque se repetía hasta en los cables, con el agregado del indiscernible presentimiento de que en cualquier instante ocurriese lo inimaginable, porque ya se veían los resultados de las rondas que habíamos establecido y que habían borrado del mapa a los rateros, permitiéndonos una mejor organización y crear sentimientos de solidaridad, pues, hombres y mujeres, templados ya en el arte de esquivar a la policía y a los soplones, andábamos en el asunto de forjar lo que había que forjar, juntos, firmes como un queso, solo nos daban problemas los enfermos o los incontinentes, que únicamente pensaban en la cachandanga o en el juego, porque los devotos y los hermanos y beatas, estaban en el suyo, y los lumpen, por lo demás, en parte corridos por nuestras rondas y en parte por la propia necesidad de definición, tan pronto vieron que las papas quemaban, fueron trasladándose a otros lugares donde estaba el dinero; lo que llaman polarización de fuerzas era tal que a nadie sorprendiera ver cómo una carroza, surgida de no se sabe dónde, resultó envuelta por la procesión, a la que acompañó durante tres días con sus noches, hasta que el hedor se hizo tan insoportable que la tuvo que rescatar con una gigantesca grúa que, al levantarla, dejó leer el cartelón en el que decía algo se pudre en el Palacio de Gobierno por la pestilencia y la cantidad de gusanos que pululaban en sus escritorios; la risa de la irreverencia, la sorna de la incredulidad, ya casi general, se expandió como una ola batiente y las cosas cambiaron y todos compartimos el brillo zumbón de las miradas cuando el Juan Lanas del Ministro de Educación, en el intento de aprovechar lo que sus asesores llamaron situación favorable, quiso quebrar la huelga de los maestros ligándola a un presunto complot contra la fe religiosa de nuestro pueblo, maldad que no contenta con privar a nuestros hijos de escuela durante cuatro largos meses, trataba de empañar la belleza y la piedad de esta ceremonia litúrgica y deslucir ante el mundo entero y, lo más grave, ante los ojos del Santo Padre, el prestigio democrático de nuestro católico y humanista gobierno, con esos volantes infamantes y su labor subversiva que no compadeciéndose de la limpia mirada y el piadoso ejemplo del Cristo de Pachacamilla, orquestaba en torno suyo una acción colectiva peligrosísima, escalada que de seguro los haría ganarse la excomunión y la repulsa de la ciudadanía; pero, lo que no tomaron en cuenta el Ministro y sus asesores y todos lo que organizaban el sinsentido, fue que la falta de trabajo, los abusos, las injusticias largamente soportadas, la realidad del Estado que hedía más que las calles sucias, las conversaciones que fustigaban como rayos la atmósfera pesada, la reflexión en mitad de la trifulca, fueron

alzando voces airadas y una incredulidad que se fue expandiendo, hasta hacer papel picado la propaganda gubernamental, llevándonos a pensar que con una pizca de empeño y decisión esto podía convertirse en algo nuevo, como informó a toda prisa el Servicio de Inteligencia, recomendando dar la orden de inamovilidad porque Palacio de Gobierno estaba ya a solo cuatro horas de camino de la procesión a la que no había forma de desviar de cauce, y rin rin, sonaron todos los teléfonos de la ciudad y voces agitadas ordenaron el regreso del ejército para un bloqueo, en verdad ya extemporáneo, y entregarle el patrullaje de las calles, a las cuales, acogiendo recomendaciones de los más sagaces asesores, se les suprimió nombres, se les cambió de fisonomía para hacerlas idénticas a otras, completando la escenografía con calles y casas de cartón, que invariablemente desembocaban en el río, todo con el ánimo de que creyéramos no saber dónde estábamos, adónde íbamos y cómo terminaríamos, tentando arrojarnos al imperio de la incertidumbre, planeando la manera de acabar con este asunto que ya era una pelotera de fuego, aunque fingían que velaban por la integridad de la tradición, como que en el colmo de la simulación y para no ponerse en evidencia ante los reporteros extranjeros y los informantes de la Organización Internacional de los Derechos Humanos, la Guardia Civil hizo importar gases lacrimógenos con olor a incienso, metralletas figurando inocentes cirios blancos, unas como ambulancias que no eran otra cosa que camionetas celulares y toneladas de toneladas de coloridos pétalos urticantes que dejaban caer sobre la multitud, en vuelo rasante, aviones militares pintados de lila, sin embargo, pese a la sutileza, nos enteramos que se estaba presionando al Arzobispado para que a su vez conminara a la Hermandad para que, si no podía dar fin al peregrinaje, por lo menos proscribiera la tradicional frase avancen hermanos, que se estaba convirtiendo en grito subversivo, consigna de progresión ideológica o de asalto palaciego, o ambas cosas, no se sabía, pero el decreto de prohibición ya tenía sello y rúbrica, y si usted no quería ir preso o cuando menos ganarse un apaleamiento, debía tan solamente hacer una mueca que la gente entendía perfectamente, aunque si lo veían conocía usted en carne propia cómo duele aquello a lo que llaman el brazo de la ley, en esta suerte de guerra no declarada, que únicamente requería de pretextos para romper fuegos, y así la soterrada batalla, hasta que al fin la marejada llegó a Palacio, entre una mal encubierta lluvia de palos que caía inmisericorde, con la angustia de acallar la silbatina y los insultos y los lemas que alzaban coros intermitentes que en cualquier momento podían desbordar la vigilancia de militares y policías, que acrecentaban su dureza para mostrarse eficaces ante la presencia del Dictador que ya se acercaba al anda, abriéndose paso, como un sol trágico, entre la nube de vigilantes, guardaespaldas y ministros, haciendo una ostentosa señal de la cruz, como para que todos lo vieran, especialmente los

tiradores que asomaron de los edificios de la Plaza de Armas y fingiendo no oír los gritos, alzó los ojos al cielo y luego los dirigió hacia el Palacio Arzobispal, cuadrándose en imponente saludo militar que de inmediato cambió en humildísimo gesto de último siervo del Señor, concentrando la atención de todos y la ilusión de muchos y la taquicardia unánime en el balcón cardenalicio, donde un alto sacerdote lucía esplendente sotana marfil, hasta que un gesto suyo y un grito lo descubrieron como nuestro querido y venerado Cardenal, disipando, mal lo quisieran, la versión allí está el Pap... que verdeó por un rato, para luego estallar en cólera, en tanto el Dictador dejaba a los pies del anda un ramo de flores de oro purito, en nombre del padre, del hijo y del espíritu santo, alzando un Padre Nuestro en su voz que era como una ordenanza, pero que, pese a conservar el tono conminatorio de sus días de cuartel, no pudo sobreponerse a la ola embravecida que a gritos preguntaba por presos y asesinados mencionando sus nombres y los nombres de los enfermos y los golpeados y recordando los decretos del hambre, del desempleo, de las prerrogativas de los ricos y de las empresas, con el más claro desprecio cuando el Dictador depositó ante el micrófono y los pies del Señor la ofrenda de convocar a elecciones y dar gracias, en el nombre del padre, por los quince años, en el nombre del hijo, de fructífero pero, en el nombre del espíritu santo, agobiante gobierno, cuando, amén, ya daba la espalda a la imagen bendita, entre los aplausos de sus incondicionales, y abría su corazón al grito de satisfacción y descarga emocional que esperaba saliese de todas las bocas, para solo escuchar el chirrido de los enormes cerrojos de la puerta de Palacio, el zumbido de un apurado helicóptero que venía por él, y el rugido de la multitud y el inconfundible silbido de las balas, mientras el anda reiniciaba su caminata por una ciudad sin calles, una caminata difícil y más definitiva que nunca, porque también el Cristo buscaba enredarse en sus rutas centenarias, en un recorrido que a fuerza del empecinamiento, o de la solidaridad, pensábamos, era tan impredecible como la trayectoria de un cometa errante, preñado de gritos que ya no eran descontento nomás, sino una inminencia que se percibía en el aire, como ese penetrante olor a pólvora y a sangre que ya se adivinaba y se añadía desazón a la incertidumbre de los indecisos porque los cambios parecían encaminarse a la rotundidad, como que a las diez horas de salir de la Plaza de Armas, emisiones especiales de los diarios, la radio y la televisión traían la noticia de la proclamación de Arequipa como capital provisional del Perú y nueva sede del gobierno y el decreto de día feriado no laborable en la zona sur y el discurso resabioso con que el lagarto quiso ganarles la voluntad a los mistianos por el lado flaco de su vanidad y disminuir los disturbios y bajarles la moral a los que alegrarían que por culpa de los revoltosos se le quitaba categoría a la tres veces coronada Lima y confundir y agitar y volver a confundir, porque hasta



los guardias que mal iban a cumplir su servicio preguntaban, con una luz incierta en las miradas y un deseo de condescender a cualquier señuelo, adónde, por favor, adónde va la procesión, pese a que bastaba levantar las narices y colocarlas contra el viento para sentir clarito el incienso, el humo todavía incitante de los anticuchos, el moño de las beatas, el ácido de los orines y el olor astringente de algunas parejas cuyo celo no podía ser más inoportuno, porque había que estar negado de los sentidos para no percibir el amenazante aroma de la pólvora, el ruido multiforme, el ulular de las sirenas, porque toda la ciudad era el movimiento, la convulsión, porque el cerco que el ejército había colocado alrededor de la ciudad nos hacía a todos partícipes, porque escapar era más difícil que salir al extranjero o pedir residencia en las provincias exclusivas de la frontera, porque alguien estaba apañando a esos comunistas de mierda y como la revuelta podía expandirse dígame al curita ese que se deje de vainas y que ya mismo acabe con la procesión, dicen que gritó al Dictador en su nueva sede de gobierno, y el Cardenal, oficiando de gran aguafiestas, a los veinte días exactos de procesión, decidió que ya era mucho el abuso, sin decirlo, por cierto, y decretó que el asunto terminara de inmediato y que la imagen quedase hasta el año entrante en el lugar donde le diera la noche, obligando a los morenos cargadores a hacer la consulta respectiva de si eso significaba que el Señor podía quedar en plena calle y al Cardenal a contestar con un célebre carajo y a los morenos cargadores a que casi corrieran y sacaran fuerzas de no se sabe dónde para hacer frente a nuestra oposición una suerte de contracorriente, que impulsábamos paralelamente a acciones sorpresivas que ya contaban con la colaboración y simpatía del pueblo, mientras el ejército apretaba el cerco, en un movimiento de pinzas que nos quería hacer desembocar de todas maneras en Las Nazarenas, y también usando el método del desembalse que consistía en dejar algunas salidas para que los devotos o quienes querían irse de la procesión saliesen y dejarnos solos a los cargadores y a nosotros, pero no contaron con que muchos de los nuestros también salieron para atacar por la retaguardia, con lo que se produjo la pelotera de la Avenida Tacna, donde nadie sabía decir quién disparó primero, la cosa es que se armó gran balacera y la barahúnda de gente que corría y que gritaba y los mierdas de la caballería que emparaban con los sables en mano y los morenos emperrados en guardar al Cristo en su iglesia, distrayéndonos fuerzas en tratar de impedirlo, pues la imagen era nuestra única defensa frente al ejército que ya se preparaba a cargar con todo y tanques, hasta que, tras el parapeto sagrado, sentimos un regocijo que se abrió paso entre la pólvora y los asfixiantes gases, porque los fogonazos empezaron a hacerse nada ante la detonación rotunda de los petardos que venían desde Cerro, Toquepala, Cuajone a nuestro encuentro, después de haber roto el cerco, para nuestra alegría y la alegría de aquella flauta

que nos acompañó las seis horas que aguantamos, pero faltaban la estrategia y las armas del ejército que nos hicieron retroceder y lamentar a nuestros caídos entre la mucha sangre y la mucha esperanza que quedaron regadas en las calles, seis horas, pues, y luego huir por el río, a tocar puertas amigas, a trepar por los techos, a buscar que hacerse humo y estar a salto de mata, escondiéndose de los soplones y de las patrullas que iban de casa en casa, oleteando, registrando, allanando, y así varios meses, comunicándonos de los modos más ingeniosos con los que todavía persistían, porque muchos desertaron sabrá usted, y otros se hicieron los locos cuando las cosas se pusieron feas arguyendo que solo arriesgan quienes nada tienen; y así, entre pequeñas alegrías y no pocos quebrantos, cuando aseguraban habernos jodido, les hicimos saber que aquella noche, a las doce clavadas, mientras las andas de oro y plata, ornadas por las flores más hermosas de que se tenga recuerdo, entraban a su iglesia, penetrando la gasa de lluvia que cubría Lima, nosotros iniciábamos la resistencia, que en vano han tratado de combatir, porque de nada han valido los arrestos y las prohibiciones y que la procesión no salga más y que supriman los sindicatos y que recesen las universidades y que pongan bajo régimen militar minas y haciendas, porque ya estamos aquí en estas quebradas de donde no han podido ni podrán sacarnos, porque cada día somos más y, como ve, mejor organizados y no como nos achaca la propaganda gubernamental, porque no somos bandoleros, ni aventureros, como usted ve, como le vengo contando, con la esperanza de que no solamente escriba la historia verdadera sino que se anime a quedarse con nosotros.

(De *Sahumerio*. Lima: Lluvia Editores, 1981)

# HARRY BELEVAN

---

Harry Belevan Mac Bride nació en Lima en 1945. Inició sus estudios en Letras en la Universidad Católica en 1964.

OBRA NARRATIVA PUBLICADA:

*Escuchando tras la puerta*. Cuentos. Barcelona: Tusquets Editor, 1975.

*La piedra en el agua*. Novela. Barcelona: Tusquets Editores, 1977.

*Fuegos artificiales*. Cuentos. Lima: Ediciones El Virrey, 1986.

*Una muerte sin medida*. Novela. Lima: Alfaguara, 2000.